

Despertó al día siguiente a las siete, con un frío del carajo y una idea fija en la mente. Se bañó, recogió el desorden y limpió muy bien el vómito y la desgracia que estaban esparcidos en el suelo. Juntó toda la ropa sucia y con ella hizo una hoguera en la terraza, con la esperanza de exorcizar a los demonios.

Arregló las maletas y tomó un taxi para la oficina. En cuanto dieron las nueve llamó a la línea aérea de Guatemala y reservó un billete de vuelta, para ese mismo día, a las tres y media de la tarde. Dio las gracias a María por los meses de trabajo y pidió su sueldo de la parte proporcional del mes. No quiso darle ninguna explicación.

Tampoco a Virginia. A ella le pidió que vaciara el apartamento y que le diera la llave a la portera. El alquiler ya estaba pagado. Con los muebles, que hiciera lo que quisiera. Se despidió con un abrazo y un beso.

Luego fue a la librería y dijo adiós a Galo y a

Luis. “¿Pero qué te pasó, güerito? Vení, tomémonos un mate. Cualquier cosa la podemos solucionar”. Que era mejor que no supieran, les dijo. Para qué amargarse la vida. Y que había cosas que no tenían solución. Prometió escribir y ya no quiso dar más explicaciones, a pesar de la súplica de sus amigos.

Fue al banco, retiró todo el dinero de su cuenta, cobró el cheque del sueldo y cambió el total a dólares.

A las dos de la tarde ya había pasado la aduana y esperaba el vuelo, enredado en la lectura de una revista de fotografía.

Cuando el avión despegó, pensó que si al llegar a Guatemala lo capturaban y lo mataban, le iban a hacer un gran favor.

Cuando llegó a su casa, eran casi las siete. Llovía. Pagó el taxi y tocó el timbre. Lauro, el jardinero, tardó más de diez minutos en venir a abrir. Hacía tanto tiempo que no llegaba nadie...

Se asombró de ver a Santiago y se quedó parado sin hacer nada. ¿Qué esperaba para ayudarlo con la maleta? Habló con su padre por teléfono. Le pidió que lo escuchara sin decir nada. Vino para quedarse e iba a volver a la universidad. Así que no tenían de qué preocuparse. Fue directamente a su cuarto, retiró la sábana que cubría su cama y se durmió enseguida.

Al día siguiente, como lo había prometido, regularizó sus estudios y todo quedó listo para iniciar las clases en septiembre.

Al volver fue directamente al apartamento. El cuarto estaba tal como lo había dejado. Se acostó en la cama, abrazó al oso de peluche y permaneció allí casi dos horas, con la vista en la

pared. Se dedicó a recordar los meses de felicidad y los momentos terribles.

Empezó a tener la sensación de que a lo mejor todo había sido mitad sueño y mitad pesadilla. Pero ante la duda, bastaba ver las fotografías que se habían hecho juntos. ¿Quién fuera dios para jugar con el tiempo y hacer que las cosas sucedieran de una forma distinta?

Metió la mano debajo del colchón y la escuadra seguía allí. La sacó. Regresó a la casa y fue al estudio de su padre y se sentó en el escritorio a esperar a Enrique, el tío militar. Estaba seguro de que iba a llegar.

Lauro tenía instrucciones precisas de conducirlo directamente allí.

Llega a la una.

Lo primero que le pregunta Santiago es si no trajo a sus gorilas. Tiene la pistola en la mano.

Que guarde eso. Que no sea tonto. Dice el militar.

Santiago le advierte que si quiere sacarlo de allí, va a tener que ser muerto.

El tío no vino a eso. La mamá le pidió que hablara con él.

Era de esperarse. ¿Y de qué quiere hablar?

De su irresponsabilidad, para empezar. ¿Acaso cree que no estaba enterado de los terroristas escondidos allí? Sí. Y no imagina lo que tuvo que hacer para que no vinieran a sacarlos. Vaya que su credibilidad es muy respetada. Les aseguró a sus jefes que él mismo revisó la casa y que no había nadie.

¡Lauro!, a veces a Santiago le dan ganas de

echarlo... Pero el jardinero no tiene la culpa. Supone que lo hizo por el miedo que le tiene a Enrique. Eso sí, espera que por lo menos le haya dado algo de dinero por sus servicios. Pero que no piense que va a agradecerle sus “buenas acciones”.

Sería lo mínimo, pero...

Ah no, que no tiene a su suerte, que Santiago ya no tiene qué perder y sería muy romántico que el último acto de su vida fuera el asesinato de un militar.

Mierda. Necesita recordar que es su tío. Debería mostrar por lo menos un poco de respeto.

Claro. Ahora sólo falta que se sienta una especie de santo por, según él, salvarle la vida.

Algo así. Y no sólo a él se la salvó.

¿Qué quiere decir?

Es mejor que no pregunte.

La cara de Santiago empieza a ponerse roja. ¿Tuvo algo que ver con Ainara? Levanta la pistola y le apunta a la cabeza.

¡Que baje eso! El militar empieza a ponerse inquieto. Si tuvo algo que ver con esa muchacha, fue en su favor.

Tiene que hablar de prisa, pues Santiago siente que le tiembla el dedo.

Pero no, si no deja de apuntarle, no le dice nada. Y si lo va a matar, que lo haga de una buena vez.

Santiago duda un instante y luego apoya el arma en el escritorio, pero sin retirar el dedo del gatillo.

Se imagina que sabe dónde estuvo detenida, ¿o no?

Santiago afirma con la cabeza.

Y si de verdad cree que su escapatoria fue por un descuido de la seguridad, es realmente ingenuo. El tío se informó del asunto y convenció al teniente que la tenía allí, que quería estar con las detenidas. No va a entrar en detalles. Retiró a los guardias y luego tuvo que encargarse de ellos.

¿Encargarse?

Santiago tiene que imaginar. Y también del teniente. No podía dejar cabos sueltos.

Pues gracias. Para lo que sirvió... Santiago no puede evitar una que otra lágrima.

El tío se siente incómodo. No está acostumbrado a la ternura. Se queda callado un momento. Entonces son ciertos los rumores y esos sus compañeros son tan mierdas como los del ejército, ¿o no?

Santiago sonríe irónicamente. ¿Quién le dijo que eran sus compañeros? Pero eso de que guerrilleros y militares son lo mismo...

Pues qué bien que no sea parte de esa banda de terroristas. Saca el paquete de cigarros y le ofrece uno.

Él dice que no.

Si de verdad vino para estudiar y no meterse en problemas...

Al militar no le importa a qué regresó. Y por cierto, ¿cómo sabe tanto de los compañeros?

El tío se sorprende de que ellos de verdad piensen que son brutos, o gorilas, o tontos. Pero